



de mi madre y de mi conde, que me  
podamos salir a Magdalena que ha ido  
a tan tan malas manos, que al menos se  
salve Victoria siendo vuestra esposa. Entón-  
ces volverán para mí los buenos tiempos  
y volveré a poder solveme mis rodillas a vuestros  
pies en la gran sala del castillo de Madrid.  
—¿Quién sabe! A muertos y aídos...  
—¿Cómo! ¿podéis dudar de la señorita  
Victoria! preguntó Sulpicio escandalizado.  
Antonio no respondió, buscó a tientas la  
puerta de la que Victoria solía ir a sentarse  
y se sentó.  
—¡Es extraño! exclamó entónces el patrón  
Sulpicio; se advierte aquí como olor a esta-  
do de guerra.  
—El corazón de las mujeres cambia, mur-  
muró.

—¡Ah! murmuró, bien decía yo que aquí había una cabra.

Antonio miró entonces en torno suyo con el semblante, junto a él había una cunja; a su pies un haz de yerba fresca y una carabela de agua. En las paredes de la grata relapsa pedregales y mantillas que se secaban.

—Ved, ved, exclamó Sulpicio con agitación, ¿quién que ha pasado aquí la noche?

—Lo ignoraré, yo ignoraré.

—¡Cuán claf! exclamó Antonio pasando la mano por sus ojos, para convencerse de que no soñaba.

Sobro la piedra misma en que había est...

Había sido Juan Touril el que empezaba a ascender la montaña para preparar los tiradores de que Astron tenía necesidad.

Sulpicio volvió a la gruta y dijo:—No es tarde; aguarda un momento.

Antonio y el levaban el mismo traje; Astron iba disfrazado de marino.

El patrón Sulpicio era un hombre joven, de rostro festoso, pero de expresión dura que reflejaba la sencillez de su noble corazón. Antonio tenía ya veinte y tres años, aunque sus enjorrocados cabellos rodeaban su rostro blanco le daban un aspecto casi adolescente; su raza distinguida e inteligente.

por: que si sido sorpreendido su secreto; y vergüenza no puede durar más de un día.

—Está en poder del gran Rostan; repite Antonio; es preciso que yo vaya a su casa esta noche.

—¿Estáis en vos señor marqués? No voy a verla y dejarla una viuda y un huérfano.

Antonio bajó la cabeza; la tea de resaca que había encendido tocaba a su fin.

— ¡Si sólo prometo la no moveros de aquí: iré a descubrir algo.

—Otras veces he podido llegar hasta castillo sin peligro ninguno.

—Hoy la avaricia te la; no os movale aqñ.

— ¡A la scribanilla!

— ¡Sí, á la Escribanilla.

— En otro tiempo me manifestaba mucho afecto.

— Dios os guarda de ella. Los encañerados saben lo que hacen y qué gente de mal tal también, saben que ha vuelto loco al marido de Magdalena, saben que es causa de que vuestra abuela haya muerto é inhumada entre las manos de un charlatan, saben que han desaparecido todos los buenos criados del castillo resguardados con pesadísima pena por malos conductos. Por último, saben que por los dos años he escrito la carta que me habéis leído, y de vuelta a mi casa.

Apénas había vuelto la montaña, pasó a go extraño entre la gruta de las Malvas y la gruta del calvo. Una forma oscura avanzaba lentamente hacia la gruta, casi arrastrándose sobre el suelo; cuando la luz del faro la iluminaba tendiase por tierra, y cuando se proyectaba el eclipse continuaba su camino. Así prosiguió hasta llegar a la gruta, y los diminutos destellos de la resina iluminaron la gran sala de Astrea, cuyos bridas flotaban a merced del viento.

Su mirada reconoció el interior de la gruta y se retiró; había visto que la resina iba

su padre, ya los Rostan de la casa tenían criados que les servían por amor de Dios, dicho se está que los criados del castillo creían muy superiores á los de la casa.

En la misma mesa, pero en sitio mucho más inferior, como la hubiera recogido para la marquesa, Astrea, la hija de San Juan, y ya por entonces Magdalena era orgullosa y no quería jugar con ella.

Todo el mundo estuvo alegre; hasta la marquesa habló Sulpicio acerca para que ballaran los niños. Antonio bailó con Magdalena Rostan, de la casa que tuvo que contentarse con Astrea, lo cual fue un deshonro. Sin embargo, el mismo conde tuvo que confesarse

—Y tu caudido mirador. No se supo si Antonio había querido a Magdalena: pero su matrimonio le puso triste y sólo al fijarse en Victoria se consoló.

—¿Cuál fué la primera escena de poema tálitico? En aquella época, Antonio estaba al punto de dejarse dominar por la mirada de Astrea... ¿Qué influencia tuvo Victoria, en el curso de una sola mirada? Escusaré a la Joven en una tardía otoño: el viento venía de los campos de Tregur y traía hasta ella el aroma de las manzanas maduras. Empezó por hablar de Magdalena y preguntó si era dichosa.

—No, contestó Victoria.

*Continuará.*



